

**FROM MASSIFICATION TO DIVERSIFICATION: INEQUALITIES IN THE CONSUMPTION OF
DAIRY PRODUCTS, MEAT AND ALCOHOLIC DRINKS IN SPAIN (1964-2018)**

Pablo Delgado and Vicente Pinilla[∞]

DT-AEHE N°2202
www.aehe.net



asociación española de historia económica

May 2022

[∞]  This paper is protected by a Creative Commons licence: Attribution-NonCommercial- NonDerivativeWork. The details of the licence can be consulted here: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.en>

DE LA MASIFICACIÓN A LA DIVERSIFICACIÓN: DESIGUALDADES EN EL CONSUMO DE PRODUCTOS LÁCTEOS, CARNE Y BEBIDAS ALCOHÓLICAS EN ESPAÑA (1964-2018)

Pablo Delgado[†] y Vicente Pinilla[§]

DT-2202, Mayo 2022

JEL: N34, N54, O13, R21

RESUMEN

Desde la segunda mitad del siglo XX, dos eventos caracterizaron las sociedades occidentales desde un punto de vista nutricional. Por un lado, la culminación de la transición nutricional moderna y la tendencia a la homogeneización de las dietas. Por otro lado, en países de renta alta se dieron dos modelos de consumo alimentario. El primer modelo está caracterizado por la creciente ingesta de alimentos agroindustriales en masa y el segundo por la caída en la ingesta calórica y el creciente consumo de productos procesados, elaborados y diferenciados. Utilizando a España como caso de estudio, el objetivo del presente trabajo es entender en qué medida evolucionaron las desigualdades por niveles de renta y por regiones tanto en la culminación de la transición nutricional como en la difusión de ambos modelos de consumo alimentario. Concretamente exponemos las disparidades en la ingesta de productos lácteos, carne y bebidas alcohólicas desde 1964 hasta 2018. Explotar fuentes directas de consumo alimentario nos permite mostrar que, en la década de 1960 no todas las clases sociales ni regiones habían culminado la transición nutricional moderna. En las últimas décadas del siglo XX, las desigualdades en la ingesta de alimentos se habían desvanecido. Sin embargo, en los últimos años están resurgiendo nuevas formas de desigualdad en el acceso de determinados productos alimentarios más sofisticados.

asociación española de historia económica

Palabras clave: Transición nutricional; Desigualdad; Productos lácteos; Carne; Vino; Bebidas alcohólicas.

[†] Universidad de Zaragoza, Departamento de Economía Aplicada e Historia Económica e Instituto Agralimento de Aragón, IA2 (Universidad de Zaragoza-CITA), Facultad de Economía y Empresa, Gran Vía 4, 50005 Zaragoza, España. Mail contact: pdelgado@unizar.es

[§] Universidad de Zaragoza, Departamento de Economía Aplicada e Historia Económica e Instituto Agralimento de Aragón, IA2 (Universidad de Zaragoza-CITA), Facultad de Economía y Empresa, Gran Vía 4, 50005 Zaragoza, España. Mail contact: vpinilla@unizar.es

ABSTRACT

From the second half of the twentieth century, two facts characterized western societies from a nutritional point of view. On the one hand, the culmination of the nutritional transition and a trend towards a global homogeny diet. On the other hand, in high-income societies emerged two different food consumption models. The raise in the intake of agri-industrial food products characterizes the first food consumption model. The second model is characterized by both the reduction of caloric intake and the increase in the consumption of elaborated, sophisticated and processed foodstuff. Using Spain as a study case, the aim of this work how was the inequality evolution by income and region during the culmination of the modern nutritional transition and in the raise of each food consumption model. Specifically, we display the evolution of the inequalities in the consumption of dairy products, meat and alcoholic beverages from 1964 to 2018. By exploiting direct sources of food consumption, we show that around 1960, not all social classes and regions had culminated the modern nutritional transition but around 1980/90 all types of disparities had disappeared. However, during the last decades, new types of inequalities are emerging in the access to some elaborated food products.

Keywords: nutritional transition; inequality; dairy products; meat; wine; alcoholic beverages.

1.-Introducción¹

Entre finales del siglo XIX y las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar en occidente la transición nutricional moderna. A grandes rasgos, se trató de un proceso en el cual las sociedades pasaron de consumir una dieta basada en cereales y vegetales a una dieta donde los productos de origen animal (como la carne, productos lácteos, los huevos o el pescado), tenían cada vez más importancia (Popkin 1993; Grigg 1995; Pujol-Andreu and Cussó Segura 2014; Smil 2000). A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, la transición nutricional ocurrió también en países en desarrollo. De este modo, los patrones de consumo desde un punto de vista global tendieron a converger (Popkin 2003). Paralelamente, desde la década de 1950 hasta la actualidad, en países de renta alta se han dado sucesivamente dos modelos diferentes de consumo alimentario. El primero está caracterizado por la masificación del consumo y el segundo por la diversificación de este (Malassis 1997). Es decir, durante el fuerte crecimiento económico de la segunda mitad del siglo XX, el primer modelo de consumo emergió en los países desarrollados incrementando la ingesta calórica con base en productos agroindustriales producidos en masa en una agricultura fordista (Collantes 2019). Sin embargo, durante las últimas décadas, los productos de comida transformada y más sofisticada, junto con el estancamiento o reducción de la ingesta calórica, tienen una importancia cada vez mayor en nuestras dietas. De esta manera, se ha establecido un segundo modelo de consumo alimentario (Fonte 2002; Germán 2009). Para este segundo modelo de consumo, variables de oferta y demanda se han retroalimentado mutuamente. El creciente protagonismo desde los años 90 de la gran distribución minorista fomentó una mayor diversidad de productos, con distintos precios y calidades (Langreo y German, 2018, p.187) y por lo tanto, modificando las preferencias de los consumidores hacia productos más diferenciados.

España, un país mediterráneo ubicado en el sur de Europa, se vio inmerso también en estas alteraciones globales de la dieta. Además de importantes cambios internos a nivel político, social y económico, durante la segunda mitad del siglo XX la sociedad española culminó la transición nutricional. Esta se había iniciado a finales del siglo XIX, pero se retrasó debido a la Guerra Civil (1936-1939) y a la larga posguerra. Sin embargo, en unos pocos años, España abandonó la llamada dieta mediterránea y tendió a occidentalizar sus patrones de consumo (Moreno, Sarría, and Popkin 2002; González de Molina et al. 2020). A saber, la población española, aunque con diferencias regionales notables (Garrahou

¹ Una versión editada de este trabajo formará parte del libro Medina-Albaladejo, F.; Martínez-Carrión, J.; Calatayud, S. (eds): "Inequality and Nutritional Transition in Economic History: Spain in the 19th-21st Centuries". Routledge. Por lo tanto, agradecemos a los editores del libro (y a los editores externos) por las revisiones y sugerencias. También agradecemos a Fernando Collantes por sus sugerencias y a Adrián Palacios por haber hecho el mapa. Este trabajo ha sido posible por la financiación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, l'Agencia Estatal de Investigación i el FEDER a través del proyecto PGC2018-095529-B-I00.

Segura and Cussó Segura 2009; Medina-Albaladejo and Calatayud 2020; Martínez-Carrión 2016; Martinelli Lasheras 2009), pasó de consumir una ingesta regular de cereales, vino, aceite de oliva, verduras, hortalizas y frutas a ingerir una mayor cantidad de alimentos de origen animal como la carne, los productos lácteos y de forma más tardía, la cerveza como bebida alcohólica dominante. Además, a partir de la década de 1980, también tuvo lugar en España un cambio de modelo alimentario. Por lo tanto, se pasó de consumir productos agroindustriales masificados a una cada vez mayor diversificación y sofisticación en las dietas (Laajimi and Albisu 1997; Langreo 2008, p. 50; Germán 2009; Collantes 2016).

Sin embargo, es menos conocido cómo estos dos procesos (la occidentalización de la dieta y el cambio de un modelo alimentario a otro) evolucionaron en función de los niveles de renta y las disparidades geográficas en España desde la culminación de la transición nutricional hasta nuestros días. Analizando la evolución del consumo de productos lácteos, carne y bebidas alcohólicas, el objetivo de este capítulo es precisamente explicar las desigualdades en la difusión de los mencionados modelos alimentarios entre los diferentes cuartiles de renta y regiones en España desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días.

Los dos primeros productos (productos lácteos y carne) son característicos de la transición nutricional moderna y de la dieta occidental. En cuanto a las bebidas alcohólicas, observaremos un reemplazo de un producto como el vino, propio de la dieta mediterránea, por la cerveza, predominante en la dieta occidental. Es decir, la elección de estos productos nos permitirá analizar de forma dinámica los cambios en los patrones de consumo desde una dieta mediterránea hacia una occidentalizada.

Para llevar a cabo nuestro objetivo, hemos construido una base de datos con estimaciones directas de consumo de los tres tipos de productos desde mediados del siglo XX hasta nuestros días. Una vez hecho esto, hemos analizado su evolución con base en las diferencias territoriales y de niveles de renta utilizando las encuestas de presupuestos familiares y el panel de consumo alimentario. El capítulo se estructurará de la siguiente manera. Después de la presente introducción, se analizan las principales fuentes utilizadas y la metodología empleada. En las siguientes tres secciones se describen las desigualdades en el consumo de productos lácteos, carne y bebidas alcohólicas respectivamente. Por último, finalizamos el capítulo con unas breves conclusiones.

2.-Fuentes y metodología

Desde mediados del siglo XX se cuenta en España con fuentes fiables sobre consumo alimentario. En este trabajo utilizamos las encuestas de presupuestos familiares y el panel de consumo alimentario para conocer la ingesta de carne, productos lácteos y bebidas alcohólicas (vino y cerveza) desde 1964 hasta 2018. Ambas fuentes presentan en la mayor

parte de años estudiados tanto datos de consumo promedio como desagregadas para diferentes indicadores (características socioeconómicas, región, hábitat (rural-urbano), etc). A pesar de que existen otras fuentes como la Food and Agriculture Organization (FAO) y los balances de consumo alimentarios del ministerio de agricultura, estas no permiten desagregar los datos en función del perfil del consumidor. Por lo tanto, no permiten medir la desigualdad ni entre personas ni por regiones.

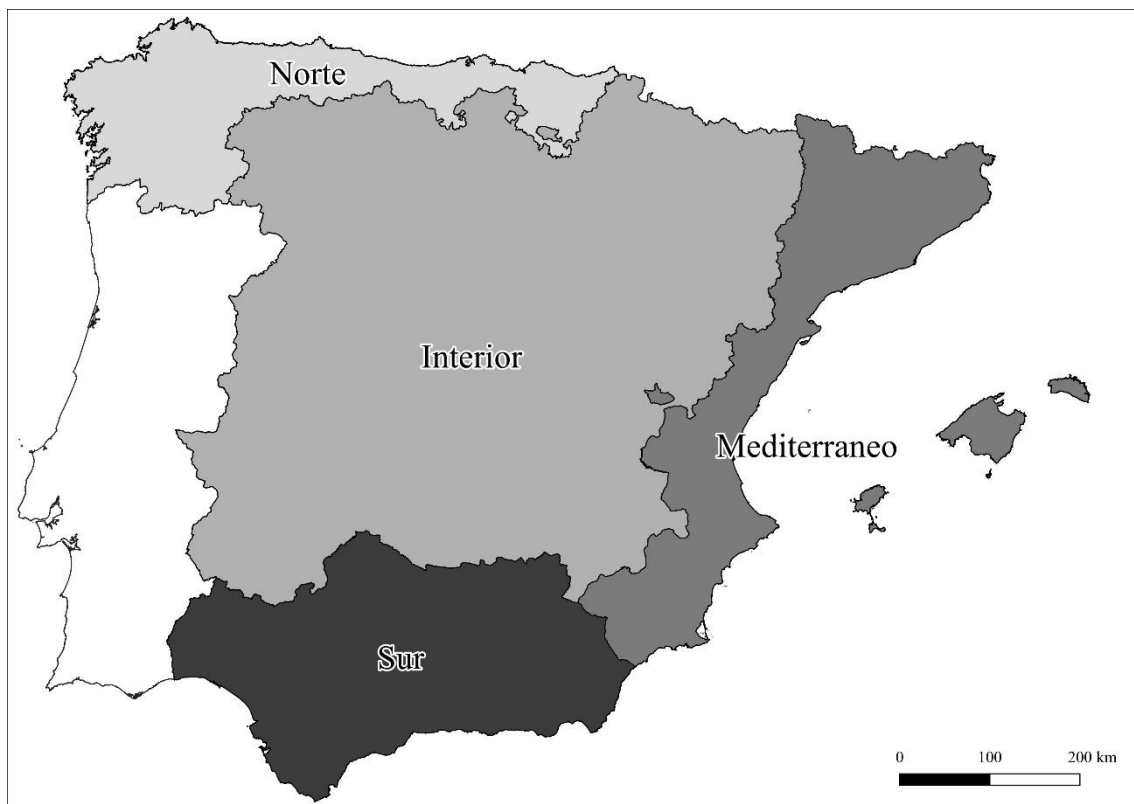
Respecto a las encuestas de presupuestos familiares, hemos utilizado las llamadas encuestas básicas de presupuestos familiares correspondientes a los años 1964/65, 1980/81 y 1990/91.¹ Estas encuestas fueron llevadas a cabo por el Instituto Nacional de Estadística en dichos años con el objetivo de conocer el consumo y gasto en los hogares españoles. Tienen una muestra altamente representativa (entre 24.000 y 28.000 hogares encuestados) y ofrecen un nivel considerable de desagregación en función del tipo de alimento. Los paneles de consumo alimentario proporcionan datos similares a los de las encuestas, pero lo hacen de forma anual desde 1987. La principal ventaja de los paneles es que ofrecen una desagregación por productos mayor que las encuestas. La principal desventaja es que la muestra de hogares es menos representativa. En base a estas dos fuentes, en este trabajo presentamos datos en seis cortes temporales: 1964/65, 1980/81, 1990/91, 2006, 2012 y 2018. Mientras que para los tres primeros cortes utilizamos las encuestas, para los últimos tres utilizamos los paneles, ya que, además de ofrecer algunas ventajas sobre las primeras en términos de desagregación de productos, también ofrecen una facilidad de extracción de datos.

Una vez hemos recogido todos los datos de consumo de carne, productos lácteos, vino y cerveza, los hemos clasificado en función de la renta y región consumidor. Aunque sin duda, factores demográficos como el envejecimiento de la población tienen un efecto importante en el consumo de determinados alimentos (véase Collantes (2015a) para los productos lácteos), en este trabajo nos hemos centrado en la renta y regiones porque nos interesa conocer las desigualdades, no los distintos patrones de consumo. Es decir, las diferencias generacionales en el consumo (u otras variables como el tamaño del hogar) inciden claramente en las preferencias del consumidor, pero no necesariamente están reflejando desigualdades en el acceso a un determinado alimento. Para la diferenciación según niveles de renta, hemos establecido cuatro cuartiles de renta per cápita. Sin embargo, los paneles de consumo alimentario no ofrecen datos de consumo por cuartiles de renta, sino en función de la categoría socioeconómica, presentando cuatro grupos: ‘alta’ y ‘media-alta’ ‘media’, ‘media-baja’ y ‘baja’. Estos grupos hacen referencia a la categoría profesional y al nivel educativo del sustentador principal del hogar. Por lo tanto, al pasar de la encuesta de 1990/91 al panel de 2006 pueden existir ciertas discrepancias. Por este motivo, los datos no deben interpretarse de forma longitudinal, si no de forma transversal, es decir, comparando hogares en un año dado (Collantes 2013). Con el objetivo de homogeneizar el relato, de ahora en adelante llamaremos a todos los grupos de renta ‘cuartiles’ teniendo en mente que a partir de 2006 no se trata exactamente de cuartiles de renta, si no de categorías socioeconómicas.

La encuesta de 1964/65 no ofrece datos por cuartiles de renta, si no en 15 tramos de renta. Por lo tanto, hemos agregado los 15 tramos en cuatro grupos asegurándonos que la representatividad con respecto al número de hogares en cada grupo es relativamente similar. Además, para presentar resultados más fidedignos, hemos ponderado los datos de consumo de cada uno de los 15 tramos de renta por el tamaño que representa el número de hogares dentro del total de cada uno de los cuatro grupos.

Para obtener datos sobre consumo en función del territorio, hemos agrupado los datos de comunidades autónomas (que son el segundo nivel de agregación en España) en cuatro grandes macro-regiones con características agro-climáticas similares: Norte, Interior, Mediterráneo y Sur (Simpson 1995),² tal como muestra el mapa 1. Es importante recalcar que, tanto entre macro-regiones como en cada macro-región también existen diferencias de renta. Por ejemplo, la región del sur es la que tiene una renta per cápita más baja. De nuevo, para proporcionar datos más fehacientes, se ha ponderado el consumo medio de cada comunidad autónoma por el peso poblacional que representa dentro de la macro-región a la cual pertenece. Para ello se han utilizado los censos proporcionados por el INE (INE, 1962, 1973, 1985, 1994, 2006, 2012 y 2018).

Mapa 1: Macro-regiones en España



Fuente: elaboración propia

Una de las principales limitaciones de este trabajo es que el consumo fuera del hogar no queda recogido, ya que, el panel solamente ofrece esta información desagregada por cuartiles y regiones en años muy recientes. Para la carne y productos lácteos, esto no es un problema mayor, ya que incluso en años recientes el consumo fuera del hogar no representa una cantidad muy elevada con respecto al consumo total (Martín Cerdeño 2019b). Sin embargo, para el consumo de vino y cerveza el sesgo es mayor. Por ejemplo, en 2018 el consumo de vino realizado fuera del hogar representó un 34,7% en volumen y un 55% en valor con respecto al consumo total (Martín Cerdeño 2019a, p. 55). Intentamos corregir este sesgo en las bebidas alcohólicas utilizando los datos de consumo fuera del hogar para los pocos años disponibles que existen.

3.-De la leche a los derivados: desigualdades en el consumo de productos lácteos

La historia económica ha estudiado con atención el consumo de lácteos debido a su importancia en el proceso de la transición nutricional. A excepción de los países nórdicos, la desigualdad en su consumo en función de la clase social y del territorio estaba presente en la Europa de la década de 1940 (Nelson 1993; Kjaernes 1995; Teuteberg and Flandrin 2004). Sin embargo, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estas desigualdades tendieron a desaparecer, por lo que alrededor de la década de 1980 no existían diferencias significativas regionales ni por estatus socioeconómico (Chiapparino 1995; Burnett 1999; Collantes 2015a). Particularmente en el caso de España, desde principios de siglo XX hasta la Guerra Civil (1936-1939), factores como la disparidad regional en la dotación ganadera, la desigualdad en los niveles de renta y especialmente el menor nivel de renta con respecto a Europa occidental evitaron que su consumo se difundiese a lo largo y ancho del territorio y entre todas las clases sociales (Hernández-Adell and Pujol-Andreu 2016; Hernández-Adell, Muñoz Pradas, and Pujol-Andreu 2019; Calatayud and Medina-Albaladejo 2017). Por lo tanto, en los años previos a la Guerra Civil, el consumo de leche líquida en España era substancialmente menor que en Europa (Hernández-Adell and Pujol 2017, p. 64). La consecuencia de la falta de consumo de lácteos en numerosas zonas del territorio español era una ausencia importante de calcio, por lo que, la dieta mediterránea, la cual ha sido históricamente mitificada, estaba lejos de ser óptima en la España de la primera mitad del siglo XX (Cussó Segura 2005; Garrabou Segura and Cussó Segura 2009, p. 30; Gómez and López 2017; Medina-Albaladejo and Calatayud 2020). Tanto la Guerra Civil como la larga posguerra no hicieron sino agravar las deficiencias en la ingesta de productos como la leche o la carne. Esto tuvo claramente un impacto negativo bienestar y niveles de vida de la sociedad española (Martínez-Carrión 2016).

Sin embargo, entre la década de 1960 y la década de 1980, el consumo de lácteos creció de forma notable, por lo que se produjo una clara convergencia con el consumo medio europeo. Según Collantes (2019), los dos principales motivos de este incremento fueron, por un lado, el incremento en la renta debido al crecimiento económico de la década de

1960 y 1970 y, por otro lado, la difusión de la leche de vaca procesada debido a la generalización de nuevas tecnologías que facilitaron su distribución (en detrimento de la leche cruda). De este modo, se generó la confianza suficiente para masificar su consumo en base a un tipo de leche estandarizada, algo que está en línea con el primer modelo de consumo alimentario. Por lo tanto, durante esta primera etapa, la ingesta de leche líquida explica mayoritariamente el incremento en el consumo de lácteos, por lo que los derivados lácteos jugaron un papel menos importante. Sin embargo, a partir de la década de 1980, el consumo de lácteos tendió a decrecer, dando así una forma de U invertida en la evolución del consumo de productos lácteos desde la segunda mitad del siglo XX (Collantes 2014). Durante esta etapa de caída en el consumo a partir de la década de 1980, siguiendo tendencias occidentales y el segundo modelo de consumo (Germán 2009, p. 9; Hernández-Adell, Muñoz Pradas and Pujol-Andreu 2019), fueron los derivados lácteos los que tomaron más protagonismo. De hecho, en esta nueva etapa, el ascenso de la gran distribución tuvo gran protagonismo al apostar por derivados lácteos más sofisticados tales como distintos tipos de yogur, postres de refrigerados de distintos sabores, etc. (Collantes 2014, p.29), ya que, de este modo, el margen de beneficios era mayor. Por lo tanto, para la venta de estos nuevos productos más sofisticados, empresas como Danone, Pascual o Puleva llevaron a cabo grandes campañas publicitarias para modificar las preferencias de los consumidores (Collantes, 2015b, p. 262).

La tabla 1 muestra cómo se produjeron estos cambios en diferentes niveles de renta y en las cuatro macro-regiones del territorio español desde la segunda mitad del siglo XX. A pesar de que los datos oficiales permiten desagregar en una escala mayor (especialmente conforme nos acercamos en el tiempo), hemos clasificado el consumo total de lácteos en leche líquida (principalmente de vaca) y derivados (queso, mantequilla y leches fermentadas principalmente en forma de yogur).

Tabla 1: Consumo de productos lácteos por persona según niveles de renta y áreas geográficas

	Niveles de renta			Áreas geográficas	
	Leche líquida (litros)	Derivados lácteos (kilogramos)		Leche líquida (litros)	Derivados lácteos (kilogramos)
1964/65			1964/65		
Cuartil 1	58.6	1 ^a	Norte	138.1	1.8
Cuartil 2	65.7	1,2 ^a	Interior	84.3	1.7
Cuartil 3	82.8	1,6 ^a	Mediterráneo	50.1	3.2

Cuartil 4	98.6	1,9 ^a	Sur	52	1.5
1980/81			1980/81		
Cuartil 1	125.9	8.6	Norte	167.8	10
Cuartil 2	121.1	10.5	Interior	141.6	9.3
Cuartil 3	126.6	10.9	Mediterráneo	96.8	10.6
Cuartil 4	126.4	11	Sur	119.5	11.8
1990/91			1990/91		
Cuartil 1	129.4	14.6	Norte	149.8	16.5
Cuartil 2	122	15.7	Interior	128.4	12.8
Cuartil 3	117.2	14.9	Mediterráneo	96.4	15
Cuartil 4	107.8	15.2	Sur	114	16.8
2006			2006		
Cuartil 1	76.2	23.7	Norte	93.9	31.7
Cuartil 2	82.2	30.5	Interior	92.8	29.2
Cuartil 3	82.3	33.5	Mediterráneo	73.4	31.2
Cuartil 4	88.8	38.2	Sur	70.8	33.2
2012			2012		
Cuartil 1	66.73	28.67	Norte	89.6	37.7
Cuartil 2	71.35	34.41	Interior	89.86	32.3
Cuartil 3	74.14	36.95	Mediterráneo	82.98	35.97
Cuartil 4	83.11	40.05	Sur	73.25	34.79

2018			2018		
Cuartil 1	64.91	31.01	Norte	84.07	39.02
Cuartil 2	69.72	35.30	Interior	77.59	32.17
Cuartil 3	70.12	35.73	Mediterráneo	64.17	36.24
Cuartil 4	78.87	40.27	Sur	57.85	34.14

Fuente: Ver sección ‘metodología y fuentes’. Datos adaptados y ampliados de Collantes (2015)Collantes (2015).

^a Solo se incluye el queso.

Con respecto a la renta (primeras tres columnas), observamos como la desigualdad en la década de 1960 era elevada. A saber, los segmentos de mayor renta consumían una cantidad mayor de leche y derivados (principalmente queso). Consecuentemente, en los años previos a la expansión del consumo de leche, las rentas bajas eran las que soportaban deficiencias en la ingesta de calcio. Consecuentemente, las rentas altas tenían probablemente una dieta más occidentalizada (y por lo tanto una dieta menos mediterránea), al menos en lo que respecta al consumo de lácteos. De hecho, además del calcio, la diferencia en el consumo de alimentos de origen animal entre diferentes niveles de renta y entre distintos grupos de población (peones agrícolas, obreros en pequeñas y grandes ciudades, mujeres gestantes o niños) implicaba importantes desigualdades en el consumo de proteínas de calidad y otros micronutrientes como el hierro o la vitamina A (especialmente en esta última) (Cussó Segura 2005, ver tablas 11 y 12).

Sin embargo, en la década de 1980 la fotografía es muy diferente. En esta época, la desigualdad por niveles de renta desaparece por completo, por lo que independientemente del estatus económico, el consumo de lácteos estaba claramente masificado. En otras palabras, el fuerte incremento en el consumo de leche se explica principalmente por el crecimiento en el consumo de los grupos de población con menor renta. De hecho, en la década de 1990 encontraríamos una tendencia a la relación inversa entre consumo y renta, es decir, los cuartiles de menor renta consumirían más leche que los de renta alta.

Sin embargo, una vez entrados en el siglo XXI, la brecha entre clases sociales tiende a abrirse de nuevo. Tanto en 2006, como en 2012 y 2018, a pesar de que el consumo de leche es mucho menor en todas las clases sociales, las clases altas consumen más que las clases bajas. La crisis de 2008 no parece ser una explicación a estas nuevas desigualdades, ya que estas son visibles en 2006. Esta tendencia es más evidente en los derivados lácteos, donde el cuartil de renta baja consume entre un 25 y 40% menos que el cuartil de renta

alta. Aunque las desigualdades no volvieron a tener los mismos niveles que en década de 1960, las clases acomodadas tienden a consumir más productos lácteos sofisticados y con precios más elevados (postres refrigerados, queso, yogures afrutados, etc.) (Collantes 2015). De hecho, las desigualdades en el consumo de leche líquida se explican también por la ingesta de leches más transformadas. Es decir, mientras que no encontramos diferencias en el consumo de leche entera, estas sí existen en el consumo de leche desnatada, semidesnatada, enriquecida con calcio y vitaminas, etc. Por lo tanto, una vez la dieta mediterránea en España tendió a abandonarse y el consumo de leche se masificó, el segundo modelo de consumo se implantó en España con ciertas desigualdades, donde las rentas menores continúan consumiendo productos más estandarizados y las clases altas productos más sofisticados. Esto está en línea con lo mostrado en Hernández-Adell et al. (2019), donde determinados grupos de población incorporan primero ciertos hábitos de consumo antes de que estos se generalicen hacia el resto de la población.

Las últimas tres columnas de la tabla 1 nos muestran las desigualdades entre las cuatro macro-regiones. Al igual que los patrones de segmentación por renta, las diferencias más acusadas las encontramos en la década de 1960. Las regiones del mediterráneo y del sur consumían menos de la mitad de leche de lo que se consumía en el norte, siendo Galicia una de las zonas de más consumo de lácteos y Murcia o Valencia las regiones de menor consumo (este patrón de segmentación regional se daba antes de la guerra civil, ver por ejemplo Calatayud and Medina-Albaladejo 2017). A pesar de que la leche de vaca era mayoritaria en todos los territorios, otros tipos de leche (cabra, oveja, en polvo, condensada etc.) todavía tenían un peso importante en Andalucía (sur) y en partes del mediterráneo (Collantes 2015a). En esta última región, la tabla 1 también nos muestra como el mayor consumo de derivados compensa, aunque en baja medida, el bajo consumo de leche líquida. Por lo tanto, en el norte y en menor medida el interior, el consumo de lácteos era más análogo al de los países de la Europa Atlántica, mientras que en el sur y en el mediterráneo estaba claramente alejado de estos. Estas diferencias se explican principalmente por la dotación de factores. A saber, las zonas húmedas del norte implicaban la tenencia de una cabaña de vacuno abundante, por lo que el precio relativo del consumo de leche de vaca era menor. En cambio, en el resto del país, las condiciones climatológicas no eran propicias para mantener grandes pastos y por lo tanto una cabaña ganadera suficiente para un consumo de leche masivo. A pesar de que el comercio entre regiones podría haber sido una solución a estas desigualdades territoriales, el fallido plan de centrales lecheras promovido por el Estado en 1952 (que tuvo que ser revisado en 1966) así como la restricción a la importación de maquinaria frenaron la innovación y la productividad de la industria lechera (Collantes 2015a). Sin embargo, en la década de 1980, las desigualdades territoriales tendieron a disminuir de forma notable. Además, no solamente el consumo de leche tendió a difundirse por todas las regiones, sino que, especialmente en el mediterráneo, se hizo con base en la difusión del consumo de leche de vaca esterilizada.

La desvinculación progresiva del consumo con la ventaja comparativa de cada región fue fundamental para disminuir la desigualdad en el consumo de leche en todas las regiones. Por el lado de la oferta, esto se consiguió mediante el establecimiento de un número relativamente bajo de empresas compitiendo entre sí y, más adelante, fue clave la imposición de la esterilización por encima de la pasteurización, ya que, la primera permitía la conservación de la leche durante un periodo mayor, por lo que facilitaba su comercio. Por el lado de la demanda, como se ha explicado, los incrementos en la renta y la mayor confianza en la leche procesada de vaca fomentaron el consumo de masas en todas las regiones. Aunque ciertamente, a diferencia de las desigualdades por renta, los patrones de segmentación territoriales en el consumo de leche se mantuvieron durante todo el periodo, siendo el norte el mayor consumidor (especialmente Galicia y Asturias). En cambio, para los derivados, en línea con el segundo modelo de consumo alimentario, tendieron a crecer en todos los territorios y las desigualdades se difuminaron en su totalidad.

4.-De la carne fresca a la procesada: desigualdades en el consumo de productos cárnicos

La ingesta de carne también ha jugado un papel fundamental en la transición nutricional y en los cambios en la dieta a nivel global durante el siglo XX. En países de renta alta como Reino Unido, todavía había diferencias en el consumo de carne entre clases sociales a principios del siglo XX (Gazeley and Newell 2015). En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que el consenso entre los nutricionistas sobre el impacto negativo en la salud causado por el excesivo consumo de carne se hacía cada vez más visible, su consumo se masificó. Esto ocurrió primero en los países desarrollados y más tarde en los países en desarrollo (Delgado 2003).

En el caso de España, la evolución del consumo de carne tiene ciertas similitudes con el consumo de lácteos. Aunque no se ha estudiado de forma sistemática, diversos trabajos han estudiado su consumo de forma secundaria. Durante las primeras tres décadas del siglo XX, factores de demanda como el incremento en la renta disponible hicieron incrementar moderadamente su consumo (Simpson 1995, p. 181; Cussó Segura and Garrabou Segura 2007, p. 88; Langreo and Germán 2018 p. 171). A pesar de ello, las desigualdades en su consumo eran notables, ya que el consumo de carne en la gran mayoría de la población era relativamente bajo (Bernabeu-Mestre et al. 2007; Marrodan et al. 2012; Vivanco and Palacios 1964, p. 196). Por lo tanto, durante el periodo de entreguerras, la ingesta de carne en España era substancialmente menor que en la mayoría

de países desarrollados, aunque algo mayor a la de otros países mediterráneos como Italia y Portugal (Bernabeu-Mestre et al. 2007; Pujol-Andreu and Cussó Segura 2014). El retroceso económico y nutricional que implicó la Guerra Civil y el periodo posbélico implicó que el consumo se desplomase, por lo que en la década de 1950 este estuviese todavía por debajo del consumo de Grecia y Turquía.

Sin embargo, a partir de la década de 1960, los patrones de consumo de carne en España cambiaron drásticamente. En unos pocos años, la carne se convirtió en un producto de consumo de masas. En términos medios, su consumo per cápita se multiplicó tres veces, por lo que se pasó de consumir algo menos de 20 kilos por persona en la década de 1950 a más de 60 kilos en la década de 1980 (Martín Cerdeño 2016, p. 80). Durante esta etapa de masificación, la carne de cerdo y el pollo jugaron un papel fundamental, ya que, desde el lado de la oferta, fueron los sectores ganaderos más industrializados, ofreciendo así un tipo de carne estandarizada a precios muy competitivos (Clar 2008). En consecuencia, tanto la carne de ovino como la de vacuno, basadas ambas en una ganadería extensiva, perdieron importancia en la dieta de la población española (Ríos-Núñez and Coq-Huelva 2015). Paralelamente, en esta primera etapa de expansión y occidentalización de la dieta, fue la carne estandarizada (fresca y refrigerada provenientes del cerdo y pollo) la que tuvo el protagonismo principal, mientras que la transformada y elaborada (principalmente embutidos) tuvo una importancia ligeramente menor.

No obstante, a partir de la década de los 90, el segundo modelo de consumo alimentario se hizo visible también en la ingesta de carne. Por un lado, el consumo medio por persona inició un proceso de estancamiento y caída que duró hasta nuestros días (Langreo 2008, p. 50). Por lo tanto, España siguió un patrón similar a la de otros países de renta alta (Stewart et al. 2021). Por otro lado, la carne transformada, procesada y más elaborada ganó cada vez más peso en la dieta española. De nuevo, la oferta también tuvo un papel importante en este proceso. Por un lado, la industria cárnica ha optado por la producción de carnes con un mayor valor añadido (productos curados y en conserva, especialmente jamón), generando así unas mayores economías de gama (Clar, 2022), algo que ha venido impuesto por la mayor capacidad de negociación de la distribución moderna y su necesidad de introducir nuevos productos en los catálogos (Clar, 2022, p. 28). Este incremento y caída en el consumo de carne (también observado con el consumo de leche) nos mostraría, en línea con lo expuesto en Nicolau y Pujol (2005), que la elasticidad renta de un producto no es constante. Es decir, que la curva de Engel puede ser cambiar de pendiente a lo largo de tiempo.

Para conocer cómo ocurrieron estos procesos en función de la renta y los patrones regionales, por un lado, diferenciamos entre la carne fresca y transformada (tabla 2) y, por otro lado, según el animal de procedencia (gráficos 1-4). Con el objetivo de ser sintéticos, agregamos esta última división en dos bloques: carne de vacuno y ovino por un lado y carne de ave y de cerdo por otro. Como se ha explicado, la justificación de estas dos agregaciones es que, durante buena parte de los años estudiados, la carne de ovino y vacuno basaron su producción en una ganadería extensiva, mientras que la carne de ave

(pollo) y cerdo procedía de una ganadería intensiva industrial, lo cual tuvo impacto en los patrones de consumo.

La tabla 2 muestra su evolución diferenciando entre carne fresca y transformada. Partiendo de altos niveles de desigualdad en la década de 1960, estos desaparecen por completo en la década de 1980. Si en 1964 las rentas altas consumían más del doble que las rentas bajas, en el año 1980 no existen diferencias entre los cuatros cuartiles. Es decir, al igual que con la leche, la masificación en el consumo de carne en el primer modelo de consumo alimentario permea entre todas las clases sociales y la carne fresca es el principal tipo de carne consumida. Desde el punto de vista del animal de procedencia, el gráfico 1 muestra que en la década de los 60 la desigualdad se explica principalmente por la ingesta de carne de vacuno y ovino. De hecho, a pesar de que las desigualdades en la ingesta de estas dos carnes se reducen paulatinamente a medida que avanzamos en el tiempo, sus disparidades por renta nunca llegan a eliminarse de forma íntegra. Por otro lado, las carnes cuya producción es más intensiva-industrial, como son la carne de cerdo y ave (principalmente pollo), parten en la década de 1960 de niveles de desigualdad menores y estos desaparecen en la década de 1980 (ver gráfico 2). Por lo tanto, es el fuerte incremento en el consumo de cerdo y pollo por las rentas más bajas lo que hace desaparecer las desigualdades por renta. La mayor productividad de estos sectores se debió a la facilidad de entrada de multinacionales junto con la selección de razas más productivas y la importación masiva de pienso. De este modo los precios disminuyeron suficientemente como para masificar el consumo de pollo y cerdo entre los cuartiles de renta más bajos (Clar 2008). Por consiguiente, paralelamente a los lácteos, en la década de 1990 las desigualdades desaparecen en su totalidad. De hecho, observamos que la relación entre el consumo de carne fresca y renta se vuelve inversa: a mayor renta, menor consumo de carne³.

Tabla 2: Consumo de carne por persona según niveles de renta y áreas geográficas

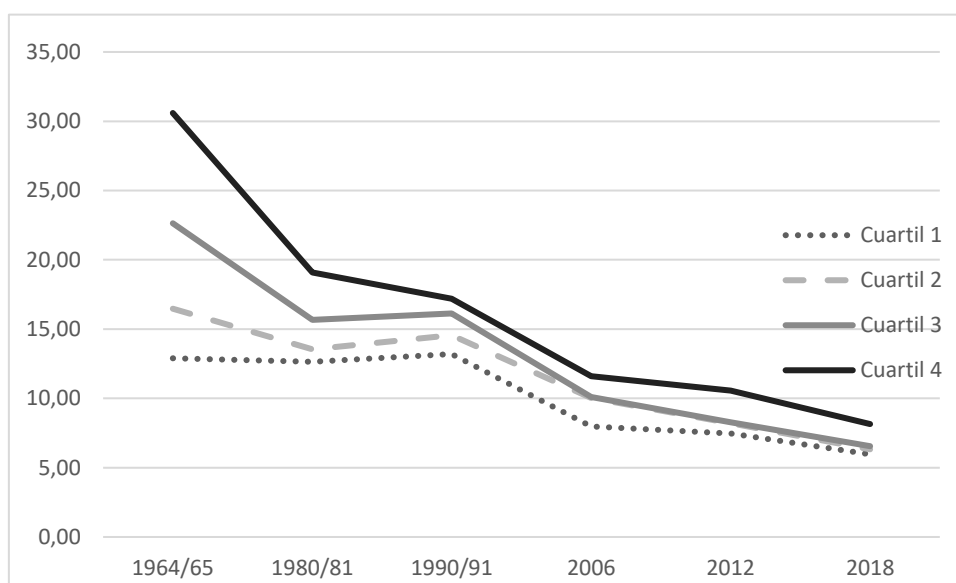
	Niveles de renta			Áreas geográficas	
	Carne fresca (kilogramos)	Carne transformada (kilogramos)		Carne fresca (kilogramos)	Carne transformada (kilogramos)
1964/65			1964/65		
Cuartil 1	19.93		Norte	20.75	5.47
Cuartil 2	25.60		Interior	19.85	6.47
Cuartil 3	35.47		Mediterráneo	30.7	8.11
Cuartil 4	48.56		Sur	11.94	4.97
1980/81			1980/81		
Cuartil 1	49.5	11.5	Norte	53.1	11.4
Cuartil 2	49.00	12.6	Interior	52,3	13.1
Cuartil 3	50.3	13.5	Mediterráneo	52.8	14.2
Cuartil 4	50.50	13.1	Sur	39.5	11.8
1990/91			1990/91		
Cuartil 1	50.21	15.22	Norte	50.45	14.90
Cuartil 2	48.11	17.10	Interior	51.30	17.09
Cuartil 3	47.86	16.63	Mediterráneo	48.42	17.58
Cuartil 4	44.05	16.45	Sur	43.25	14.34
2006			2006		
Cuartil 1	33.94	8.21	Norte	43.72	9.51
Cuartil 2	41.73	10.69	Interior	42.95	11.34
Cuartil 3	39.44	11.64	Mediterráneo	39.75	10.45
Cuartil 4	39.72	12.13	Sur	30.29	11.17

2012			2012		
Cuartil 1	33.69	9.96	Norte	40.34	11.77
Cuartil 2	38.96	12.52	Interior	41.35	12.57
Cuartil 3	38.90	13.18	Mediterráneo	40.53	12.24
Cuartil 4	42.72	13.96	Sur	33.56	12.97
2018			2018		
Cuartil 1	31.23	10.09	Norte	36.03	10.83
Cuartil 2	33.57	11.92	Interior	34.70	11.86
Cuartil 3	33.31	11.80	Mediterráneo	35.76	11.45
Cuartil 4	38.03	13.48	Sur	29.53	12.33

Fuente: Ver sección ‘metodología y fuentes’.

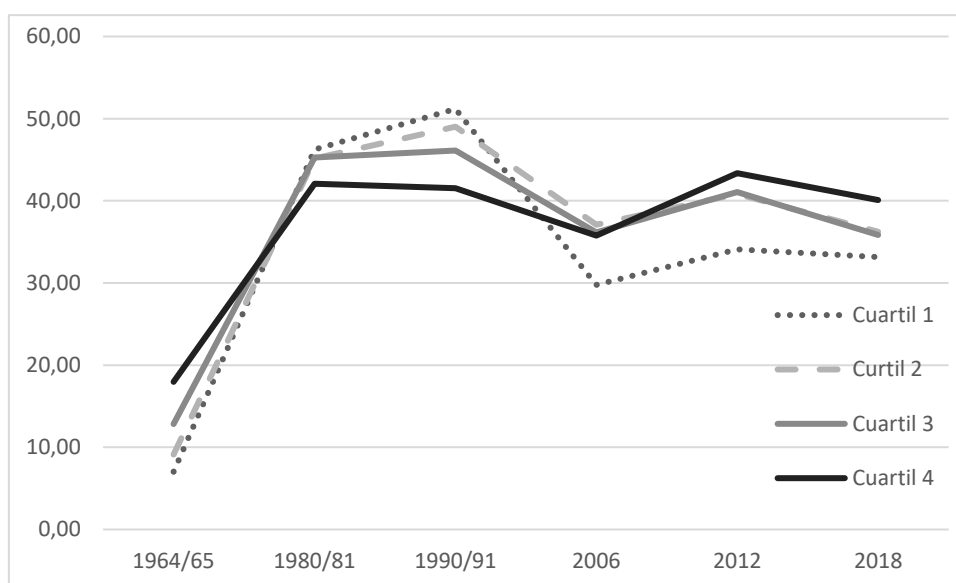
Notas: excluimos la carne congelada debido a que representa menos del dos por ciento de la carne total consumida.

Gráfico 1: Consumo por persona de carne de vacuno y ovino total en función de la renta



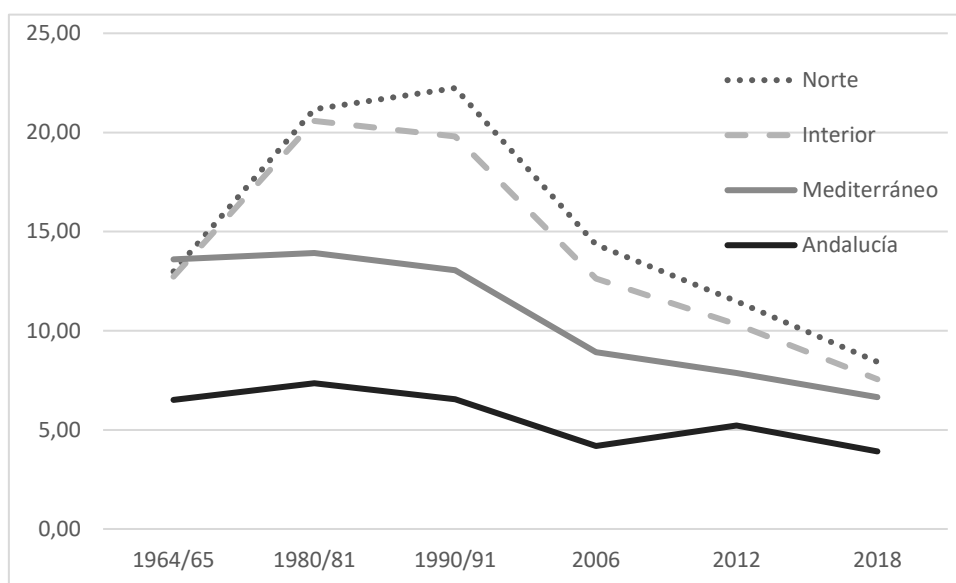
Fuente: Ver sección 'metodología y fuentes'.

Gráfico 2: Consumo por persona de carne de cerdo y ave total en función de la renta



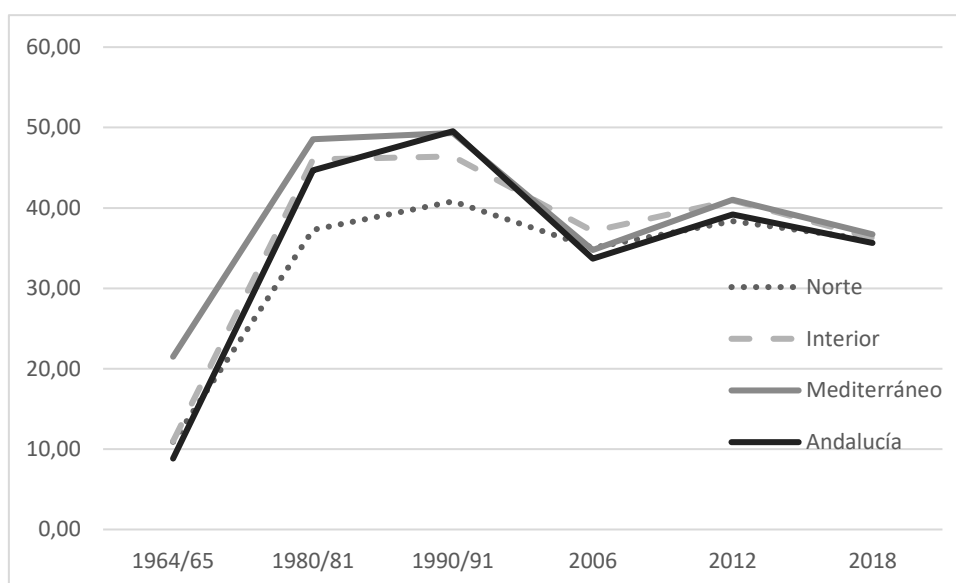
Fuente: Ver sección 'metodología y fuentes'.

Gráfico 3: Consumo por persona de carne de vacuno y ovino total en cada región



Fuente: Ver sección 'metodología y fuentes'.

Gráfico 4: Consumo por persona de carne de cerdo y ave total en cada región



Fuente: Ver sección 'metodología y fuentes'.

Sin embargo, una vez entrados en el siglo XXI, los patrones de desigualdad vuelven a invertirse, regresando a una fotografía similar a la de la década de 1960, aunque con niveles absolutos de desigualdad mucho menores. Como se puede observar, en este segundo modelo de consumo, el consumo de carne total es menor para todas las clases sociales. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en la década de 1960, el patrón de desigualdad es especialmente acusado entre las rentas más altas (cuarto cuartil) y las rentas más bajas (primer cuartil).

¿Qué hay detrás de estos nuevos incrementos en la desigualdad? De nuevo, la crisis de 2008 no parece ser la principal razón, ya que las desigualdades aparecen antes de su inicio⁴. Al igual que con los productos lácteos, el segundo modelo de consumo, donde los productos transformados y más sofisticados ganan peso en la dieta, no penetra por igual en todos los estratos de renta. Desde el punto de vista de la procedencia (gráfico 2), paradójicamente, es la carne de cerdo y pollo, la misma que había permitido acabar con las desigualdades en las décadas de 1980 y 1990, la que ahora explica las nuevas desigualdades en el siglo XXI. En cuanto a la carne de ave, es principalmente el pollo algo más elaborado el que genera disparidades (pollo en filetes o por piezas), mientras que el pollo menos elaborado (pollo entero) no genera ningún tipo de segmentación por renta desde 2006. En cuanto a la carne de cerdo, el patrón es similar, aunque menos acusado. Es decir, las disparidades se encuentran especialmente en la carne de cerdo adobado, cerdo ibérico, en jamón (en lonchas, ibérico, cocido, etc.), salchichas, fiambres, etc. En cambio, en el cerdo menos elaborado o de menor calidad (despojos, tocino, cerdo congelado, huesos de jamón curado etc.), o bien no hay desigualdades o bien son menores. Es decir, el abandono de la dieta mediterránea y la occidentalización de la dieta vino acompañado por una masificación en carne estandarizada (principalmente pollo y cerdo). Sin embargo, entrando en el siglo XXI son las rentas más altas las que pueden permitirse un mayor consumo de carne transformada y más elaborada, mientras que los cuartiles de renta menor continúan anclados en el primer modelo de consumo, generando de nuevo desigualdades en el consumo.

Las últimas tres columnas de la tabla 2 y los gráficos 3 y 4 muestran los patrones de segmentación en función de cada macro-región. A diferencia de los lácteos, las desigualdades en la década de 1960 son menos acusadas. El norte, que tiene unos niveles de consumo similares al interior, no es la región más consumidora de carne, sino que lo es la región del mediterráneo (tanto en carne fresca como transformada). Por otro lado, el sur consume unos niveles muy bajos de carne (menos del doble que el mediterráneo). No obstante, las macro-regiones esconden diferencias regionales importantes. Por ejemplo, en la macro-región interior, zonas como Madrid, Logroño, Huesca o Zaragoza consumen cantidades de carne mayores que zonas como Salamanca, Cáceres, Burgos, Ciudad Real, entre otras. En el mediterráneo, Murcia y en menor medida Alicante consumen una ingesta menor que Cataluña. Desde el punto de vista del animal de procedencia, la carne de ovino y vacuno no presentan desigualdades entre regiones a excepción del sur. Los niveles de consumo de vacuno eran altos en el norte y los de ovino lo eran en el Interior.

En cuanto a la ingesta de pollo y cerdo (gráfico 4) solamente la región del mediterráneo está por encima de la media nacional (especialmente el pollo). De este modo se explica su mayor consumo de carne total. La menor desigualdad en la década de 1960 en el consumo de carne con respecto a los lácteos podría explicarse en parte por el mayor desacople entre el consumo y las ventajas comparativas para su producción. Durante esta década, los mataderos tendían a instalarse en grandes zonas de consumo como Barcelona y Madrid (Rodríguez Rebollo 1974). Esto ocurría especialmente en el sector avícola y porcino, ya que estos animales eran sacrificados en mataderos modernos, por lo que era posible una mayor comercialización (y conserva) entre regiones, mientras que el sacrificio de rumiantes se hacía mayoritariamente en mataderos municipales (Clar 2008).

A partir de las décadas de 1980 y 1990, el modelo de masificación de consumo acaba por difundirse entre todas las regiones, aunque el sur se encuentra siempre en niveles inferiores a la media nacional. Esta convergencia se da tanto en carne fresca como en carne transformada. No obstante, las disparidades en la ingesta de vacuno y ovino tienden a aumentar en la década de 1980 y 1990, ya que su menor productividad debido a una ganadería menos intensiva (especialmente la carne de ovino) que la del cerdo y pollo implicaba que las condiciones ambientales fueran todavía una variable importante para su consumo. Es decir, el notable incremento en el consumo de pollo y cerdo en regiones menos carnívoras como el sur es lo que permite reducir las disparidades geográficas. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con las desigualdades por renta, durante el segundo modelo de consumo desde finales del siglo XX hasta nuestros días no se aprecia una nueva aparición de las desigualdades, aunque Andalucía sigue siendo la región menos carnívora y Castilla y León y Aragón las más consumidoras de carne.

5.-Del vino a la cerveza: desigualdades en el consumo de bebidas alcohólicas

La preferencia por determinadas bebidas alcohólicas era muy variable desde un punto de vista geográfico en las sociedades tradicionales. En los países del continente europeo había una clara preferencia por la bebida que podía obtenerse al menor precio, que coincidía con la producida localmente, ya que tanto los costes de comercio como los aranceles, elevaban su precio (Anderson, Meloni, and Swinnen 2018).

La caída de los costes del transporte durante la primera globalización y el incremento de la renta en los países que se industrializaron afectaron de forma diversa en el consumo de bebidas alcohólicas. El progreso tecnológico abarató en términos relativos el precio de la cerveza y permitió su difusión hacia países en los que esta bebida era hasta entonces irrelevante, como por ejemplo España (Poelmans and Swinnen 2012; Barber Garcia 2014). El consumo de vino creció impulsado por la elevación de la renta en los países en los que ésta era la bebida alcohólica preferida (Pinilla and Ayuda 2002). Sin embargo, su expansión fuera de la región norte del Mediterráneo fue limitada. Solo creció su consumo entre las élites de los países de mayor nivel de ingresos, los emigrantes procedentes de

aquella región en el Nuevo Mundo o sus funcionarios, militares en las colonias (Ayuda, Ferrer-Pérez, and Pinilla 2020). Como consecuencia, antes de la Segunda Guerra Mundial podrían clasificarse los distintos países según la preferencia relativa por las principales bebidas alcohólicas (vino, cerveza o licores). España se situaba en un grupo en el que el vino era de forma abrumadora la principal bebida alcohólica preferida (Aparicio, Ayuda, and Pinilla 2002, pp. 681-83).

Así, antes de 1950, el vino siguió siendo un producto fundamental de la dieta mediterránea en los países donde esta era predominante o una bebida de lujo para las élites de los países industrializados. Hay que tener en cuenta que para los trabajadores que realizaban un trabajo físico intenso, este producto suponía un aporte importante de calorías en los países donde era la bebida alcohólica preferida (Gómez and López 2017; Medina-Albaladejo and Calatayud 2020).

Sin embargo, desde 1960 y en línea con la tendencia a occidentalizar las dietas, ha tenido lugar en el mundo una cierta convergencia en el mix que cada país tiene de bebidas alcohólicas consumidas. Así, los países tradicionalmente consumidores de vino han disminuido el porcentaje representado por este, mientras que los de cerveza han disminuido el porcentaje representado por ésta e incrementado el de vino (Liesbeth and Swinnen 2012; Holmes and Anderson 2017). Hay que tener en cuenta que globalmente el consumo de alcohol se ha reducido.

En este contexto, en España, donde como hemos dicho el vino era claramente la bebida alcohólica preferida, el consumo de cerveza había crecido muy lentamente, aunque en la segunda mitad del siglo XIX habían surgido fábricas modernas que la producían (Barber Garcia 2014). En el periodo que vamos a analizar, podemos asistir a un doble proceso: por un lado, el consumo de vino, que ya estaba muy masificado, experimenta un derrumbe espectacular, siendo sustituido por la cerveza como bebida alcohólica más importante; por otro, se produce una clara diferenciación en el tipo de vino consumido, ganando un enorme peso los vinos de mayor calidad y más cuidada elaboración frente al producto tradicional (Martínez-Carrión and Medina-Albaladejo 2010). Podemos apreciar la magnitud del reemplazo del vino por cerveza, si tenemos en cuenta que en 1961-64 el vino representaba el 71% del alcohol consumido frente a solo un 9% de la cerveza, y en 2010-14, el vino había reducido su cuota al 22%, mientras el de la cerveza había crecido hasta el 48% (Holmes and Anderson 2017).

El consumo aparente de vino por habitante había alcanzado su máximo ya antes de la crisis de 1929. Esta, la guerra y los graves problemas económicos durante el periodo autárquico, deprimieron el consumo, que se fue recuperando desde 1951 hasta alcanzar su máximo en la segunda mitad del siglo XX en 1975, con un valor de unos 70 litros por persona y año. Desde esta fecha se inicia un descenso brutal, solo detenido a principios de la segunda década del siglo XXI, hasta un nivel muy bajo, de en torno a los 15 litros por persona y año (Holmes and Anderson 2017).

Debe también tenerse en cuenta que el tipo de vino que se consumía hasta la década de 1970 era abrumadoramente vino de mesa de baja calidad (elevado color y grado alcohólico, baja conservación y elaboración muy poco cuidada).

Los primeros datos disponibles de consumo directo en 1964, solo para los hogares, muestran que el vino común de baja calidad, denominado entonces vino de pasto, era totalmente preponderante y el llamado vino fino solo suponía un 0,8% del total consumido (tabla 3). Las desigualdades en consumo doméstico según grupos de renta eran apreciables. El cuartil de ingresos más elevado consumía per cápita quince litros más que el de más bajos ingresos. Las diferencias regionales eran también importantes, ya que la región norte era con diferencia la que tenía un consumo más elevado, mientras que el interior y el mediterráneo le seguían a cierta distancia. El sur quedaba enormemente lejos, lo que podría apuntar a que la masificación del consumo de vino no había alcanzado allí su punto máximo por su comparativamente mucho menor renta por habitante.

La cerveza había iniciado desde principios de la década de 1960 el que iba a ser su lento pero inexorable ascenso, aunque parecía concentrarse todavía casi exclusivamente en la región mediterránea, ya que allí el consumo doméstico por habitante quintuplicaba al de cualquier otra región. No parece ajeno a este hecho la ya perceptible importancia del turismo y el posible efecto demostración de su consumo por los visitantes extranjeros y la concentración en la región de algunas de las grandes industrias productoras.

Desde la década de 1960, los cambios en el consumo de bebidas alcohólicas van a ser profundos. El más trascendental es sin duda, como ya hemos señalado, el proceso de reemplazo del vino por la cerveza como bebida alcohólica dominante. Ello implicaba el reemplazo de la bebida alcohólica más característica de la dieta mediterránea por la predominante en Centroeuropa y los países anglosajones. Hasta principios de la década de 1980, aunque el descenso en el consumo de vino es modesto, el incremento en el de cerveza es espectacular. La reducción en el consumo de vino se produce principalmente en los cuartiles de renta más alta, mientras que los de más baja renta prácticamente se mantienen o incluso lo incrementan. Como consecuencia, a principios de la década de 1980 prácticamente desaparecen las diferencias en consumo de vino entre los diferentes cuartiles. Estas en cambio son muy importantes en el consumo de cerveza. Es decir, aunque este se había masificado entre todas las categorías socioeconómicas, las desigualdades entre estas eran importantes.

En las dos últimas décadas del siglo XX la caída en el consumo de vino es muy acusada, alcanzando a todos los niveles de renta. A principios de la década de 1990 parece que se ha producido una cierta igualación en el consumo doméstico de ambas bebidas alcohólicas entre los distintos cuartiles (tabla 3).

La mayor disponibilidad de datos de comienzos del siglo XXI permite precisar mejor los cambios más relevantes que han tenido lugar en el consumo de bebidas alcohólicas. El primero es el triunfo total de la cerveza como bebida alcohólica preferida. Desde el año

2000 el consumo per cápita de cerveza supera al de vino, medido en alcohol puro contenido. En el 2018 lo duplica con creces. Medido en litros lo ha acabado triplicando (Anderson and Pinilla 2020).

Esta sustitución se ha producido en todos los niveles de ingresos. Cuando es posible reunir datos separados de consumo en el hogar y fuera de este, es interesante ver que, si analizamos el consumo por cuartiles de ingresos, en ambos se repite la misma pauta: los de mayores ingresos consumen más vino y más cerveza tanto dentro del hogar como el canal Horeca (hoteles, restaurantes y cafeterías). El resultado agregado muestra desigualdades importantes en ambos consumos. En vino, las diferencias que en la actualidad hay en los tres primeros cuartiles son muy pequeñas, pero el cuartil de ingresos más altos se despegan con un consumo que es casi un 50% mayor. En la cerveza estas diferencias se amplifican y el consumo del grupo de ingresos más altos es un 75% mayor que en el de más bajos ingresos, que a su vez es claramente menor que el de los dos cuartiles intermedios.

Tabla 3: Consumo de vino y cerveza por persona según niveles de renta y áreas geográficas

	Niveles de renta					Áreas geográficas			
	Vino (litros)	Cerveza (litros)	Vino DO (litros)	Vino en garrafa y cartón (litros)		Vino (litros)	Cerveza (litros)	Vino DO (litros)	Vino en garrafa y cartón (litros)
1964-65									
Cuartil 1	38.7				Norte	71.1	0.9	0.4	
Cuartil 2	43.0				Interior	53.1	0.7	0.6	
Cuartil 3	50.2				Mediterráneo	56.3	5.0	0.6	
Cuartil 4	53.9				Sur	16.7	1.0	0.2	
Total	47.9	2.0	0.4						

1980-81									
Cuartil 1	42.9	8.9			Norte	65.4	13.9		
Cuartil 2	44.4	11.8			Interior	69.7	16.7		
Cuartil 3	42.9	19.3			Mediterráneo	67.3	15.8		
Cuartil 4	42.5	24.1			Sur	54.0	15.5		
Total	41.7	15.6							
1990-91									
Cuartil 1	24.3	15.6			Norte	49.2	6.4		
Cuartil 2	25.0	15.0			Interior	23.4	12.4		
Cuartil 3	23.6	13.8			Mediterráneo	19.9	17.1		
Cuartil 4	21.7	14.4			Sur	20.1	31.9		
Total	23.5	14.6							
2006									
Cuartil 1	9.6	11.4	1.8	4.2	Norte	10.8	8.9	3.5	2.6
Cuartil 2	10.2	16.1	2.5	4.0	Interior	8.8	14.8	2.1	3.9
Cuartil 3	9.4	16.8	2.5	3.7	Mediterráneo	11.2	16.0	2.8	4.9

Cuartil 4	11.4	19.4	4.2	3.7	Sur	9.2	22.6	2.2	3.7
Total	10.1	15.8	2.6	3.9					
2012									
Cuartil 1	8.1	13.6	3.4	3.1	Norte	11.3	10.4	5.6	3.4
Cuartil 2	7.9	17.7	3.5	3.2	Interior	7.8	16.9	3.5	4.2
Cuartil 3	9.6	18.1	4.3	3.8	Mediterráneo	10.3	18.7	4.9	3.2
Cuartil 4	10.3	21.7	6.1	2.9	Sur	7.7	22.6	3.3	2.5
Total	8.9	17.6	4.2	3.3					
Cuartil 1	7.1	13.4	3.4	3.2	Norte	9.3	12.4	5.1	2.6
Cuartil 2	7.2	17.4	3.8	2.7	Interior	6.5	17.2	3.4	2.6
Cuartil 3	8.3	18.9	4.5	2.9	Mediterráneo	9.4	19.8	5.3	3.5
Cuartil 4	9.7	26.0	6.5	2.7	Sur	7.0	22.5	3.7	3.0
Total	8.4	18.2	4.4	2.9					

Fuentes: Ver sección ‘metodología y fuentes’.

Notas: En 1964 el vino DO es vino fino. La distribución del vino consumido por cuartiles, es de vino de mesa, excluyendo el vino fino.

El proceso de reemplazo de vino por cerveza se ha producido igualmente si lo abordamos desde una perspectiva espacial. Ha habido una cierta convergencia regional en el consumo. Cayó más despacio el consumo de vino en la región norte que era la que lo tenía más elevado, pero finalmente las diferencias son pequeñas y todas las regiones

tienen niveles bastante bajos, aunque es interesante resaltar que las que tenían mayor consumo en 1964 siguen siendo las mismas que lo tienen ahora, como son Galicia y Asturias, aunque también Cataluña y las Islas Baleares.

El auge de la cerveza también ha sido igualmente generalizado, aunque en este caso las diferencias regionales son mayores. A lo largo de todo el proceso de incremento del consumo de cerveza han sido siempre el sur y el mediterráneo (especialmente Murcia y Valencia) las que han realizado un mayor consumo per cápita. Puede estar asociado a la importancia del turismo o a tratarse de las regiones más calurosas del país por lo que una vez que creció su producción industrial y bajaron sus precios relativos era una bebida idónea.

Otro aspecto interesante es que el consumo de cerveza en el canal Horeca es superior al que se hace en los hogares, mientras que en el caso del vino hay una pequeña ventaja para el consumo doméstico, que no existía hace solo un par de décadas (Martín Cerdeño 2010). Esta disminución en el canal Horeca se ha puesto en relación con la introducción de limitaciones severas en el consumo de alcohol a los conductores desde 2006 (del Rey 2011; Martín Cerdeño 2013). Parece razonable, por lo tanto, que el vino a lo largo de este proceso de reducción de su consumo se ha asociado cada vez más estrechamente a la comida, mientras que la cerveza se ha convertido en la bebida social por excelencia.

Además del reemplazo de vino por cerveza es importante estudiar en qué medida ha habido un proceso de diferenciación en el consumo de bebidas alcohólicas. Solo podemos analizarlo en el caso del vino, ya que es para el que disponemos de datos suficientes.

En primer lugar, debe destacarse que la formidable caída que ha tenido lugar en el consumo de total vino ha sido paralelo al incremento del tipo de este producto que podemos considerar de mayor calidad, algo en línea con el segundo modelo de consumo alimentario en países desarrollados. Es decir, el vino de denominación de origen (DO) ha ido ganando cada vez más peso, especialmente en el canal Horeca. Los 0,4 litros de vino fino consumido por persona y año en los hogares en 1964 han ido creciendo hasta 2,6 de vino de DO en 2006 y 4,4 en 2018 (tabla 4).

En este sentido, las desigualdades en el consumo de vino de mayor calidad son claras si nos fijamos en los distintos niveles de ingreso de los consumidores. Con los datos disponibles, solo para los hogares, el consumo de vino procedente de DO del cuartil de mayores ingresos ha duplicado en todo el siglo XXI al de los dos cuartiles de ingresos menores. Si dispusiéramos de datos para el canal Horeca por niveles de ingresos estas diferencias se ensancharían ya que el precio por litro del vino consumido fuera del hogar es más elevado (Martín Cerdeño 2019a). Parece, en resumen, que, aunque la diferenciación en el consumo ha afectado a todos los niveles de ingresos, el segmento de más altos ingresos se despega con claridad del resto. Teniendo solo en cuenta los hogares, el consumo de vino de mayor calidad en el cuartil de mayores ingresos, supone dos terceras partes del total consumido, mientras que en los dos cuartiles de menores ingresos

es algo inferior a la mitad. En cambio, el consumo de vino de peor calidad (envasado en cartones o graneles) es muy similar para todos los grupos de ingresos, aunque el porcentaje que representa sobre el consumo total es mayor para los grupos de ingresos más bajos. Es decir, de nuevo en línea con el segundo modelo alimentario, el consumo de vino más sofisticado está muy determinado por el nivel de renta.

Tabla 4: Consumo en 2018 de vino y cerveza en los hogares y fuera del hogar por persona según niveles de renta

	Vino	Cerveza
Hogares		
Cuartil 1	7.1	13.4
Cuartil 2	7.2	17.4
Cuartil 3	8.3	18.9
Cuartil 4	9.7	26.0
Total	8.4	18.2
Extra doméstico		
Cuartil 1	5.2	23.6
Cuartil 2	5.5	28.4
Cuartil 3	5.3	28.6
Cuartil 4	8.6	38.9
Total	6.0	29.8

Consumo total		
Cuartil 1	12.3	37.0
Cuartil 2	12.8	45.8
Cuartil 3	13.5	47.5
Cuartil 4	18.3	64.9
Total	14.4	48.0

Fuentes: Ver sección ‘metodología y fuentes’.

En perspectiva regional podemos observar que la diferenciación en el consumo de vino, y especialmente el incremento del consumo de vino de mayor calidad ha sido general en todas las regiones. Pero ha sido en aquellas donde el consumo de vino sigue siendo mayor (norte y mediterráneo), donde el de vino de DO es más elevado. En realidad, casi coincide el mayor consumo de este tipo de vino con las diferencias interregionales en el consumo per cápita.

6.-Conclusiones

A lo largo del siglo XX los países de renta alta culminaron la transición nutricional moderna. Esto, a su vez, implicó la tendencia a una homogeneización de las dietas. Sin embargo, como señala en Langthaler (2018), este no fue un camino uniforme entre países. Esto es debido a que la ingesta de alimentos viene determinada por una gran cantidad de variables de demanda (renta, precios, preferencias, etc.), de oferta (avances tecnológicos, dotación de recursos, etc.) e incluso institucionales (discurso nutricional dominante, facilidad en la importación de alimentos, cultura, etc.). De hecho, los países mediterráneos culminaron tardíamente la transición nutricional con respecto a países de la Europa Atlántica o Estados Unidos. Por ello, en las regiones mediterráneas, la masificación del consumo de alimentos como la carne, los derivados lácteos y la cerveza no se difundieron entre las clases bajas y en todas las regiones hasta décadas después de la Segunda Guerra

Mundial. En cambio, productos típicos de la región como el vino, se consumían con mayor frecuencia.

Utilizando a España como caso de estudio, en este capítulo hemos tratado de mostrar que la culminación de la transición nutricional moderna y la tendencia a la sofisticación de las dietas también se han llevado a cabo con desigualdades dentro de cada país. Por un lado, todavía en la década de 1960 existían desigualdades importantes en el consumo de carne y productos lácteos en España. De este modo, se ha evidenciado que no todas las clases sociales ni regiones habían culminado la transición nutricional moderna en esta época. Las diferencias en renta y en dotación de factores (especialmente para los productos lácteos), así como una falta de comercio interregional ayudan a explicar este hecho. Sin embargo, en la década de 1980, tanto el consumo de carne como el de productos lácteos estaba claramente masificado, desvaneciéndose así las desigualdades preexistentes. Además de mejoras en la renta disponible, los fuertes incrementos en la productividad en ambos sectores permitieron la difusión de productos estandarizados cárnicos (pollo y cerdo) y productos lácteos (leche de vaca esterilizada) a bajo precio. Sin embargo, una vez entrados en el siglo XXI, se observan de nuevo un incremento, aunque menos acusado, de las desigualdades. En este caso, estas vienen explicadas por la ingesta de productos más elaborados y sofisticados.

En cuanto al consumo de bebidas alcohólicas, la segunda mitad del siglo XX significó una dramática sustitución del vino (producto mediterráneo) por la cerveza (producto tradicional en la Europa Atlántica). Las desigualdades en el consumo de cerveza han tendido a persistir, mientras que en el vino estandarizado han tendido a desaparecer. No obstante, al igual que con los productos lácteos y cárnicos, el consumo de vinos de mejor calidad (DO) todavía está marcado por importantes desigualdades por niveles de renta, mostrando, una vez más, que la implantación de un nuevo modelo alimentario en España no ha penetrado por igual en todas las clases sociales.

Bibliografía

Anderson, K., Meloni, G. and Swinnen, J. (2018). Global Alcohol Markets: Evolving Consumption Patterns, Regulations, and Industrial Organizations. *Annual Review of Resource Economics*, 10, pp. 105–132. <https://doi.org/10.1146/annurev-resource-100517-023331>

Anderson, K. and Pinilla, V. (with the assistance of A.J. Holmes). (2020). Annual Database of Global Wine Markets, 1835 to 2016. University of Adelaide's Wine Economics Research Centre. www.adelaide.edu.au/wine-econ/databases/global-wine-history

Aparicio, G., Ayuda, M. I. and Pinilla, V. (2002). World consumption of Wine, 1859-1938: an Obstacle to the Growth of its Production and Trade? Actas del I Simposio de la Asociación Internacional de Historia y Civilización de la Vid y el Vino. Vol II.

Ayuda, M. I., Ferrer-Pérez, H. and Pinilla, V. (2020). Explaining World Wine Exports in the First Wave of Globalization, 1848–1938. *Journal of Wine Economics*, 15(3), pp. 263–283. <https://doi.org/10.1017/JWE.2020.4>

Barber Garcia, X. (2014). *La cerveza en España. Orígenes e implantación de la industria cervecera*. Lid.

Bernabeu-Mestre, J., Barona, J., Huertas, R. and Moncho, J. (2007). La alimentación como problema sanitario: nutrición y salud pública en la España de la primera mitad del siglo XX. VIII Congreso de La Asociación de Demografía Histórica.

Calatayud, S. and Medina-Albaladejo, F. (2017). Leche sin prados: los factores ambientales e institucionales en el consumo lácteo (Valencia, 1870-1936). *Ayer*, 105 (1), pp. 157-185.

Clar, E. (2008). La soberanía industrial: Industrias del complejo pienso-ganadero e implantación del modelo de consumo fordista en España: 1960-1975. *Revista de Historia Industrial*, 17(36), pp.133–165.

Clar, E. (2022) El pasado cuenta. El boom de los sectores aviar y porcino en España, 1955-2020. Documentos de trabajo SEHA. Número 2203.

Collantes, F. (2013). Patrones de segmentación del consumo de productos lácteos en España, 1958-2006. Documentos de trabajo SEHA. Número 13-05.

Collantes, F. (2014). La evolución del consumo de productos lácteos en España, 1952-2007. *Revista de Historia Industrial*, 23(55), pp.103–134.

Collantes, F. (2015a). Más allá de los promedios: patrones de segmentación del consumo de productos lácteos en España, 1964-2006. *Investigaciones de Historia Económica*, 11(2), pp.103–115. <https://doi.org/10.1016/j.ihe.2014.05.002>

Collantes, F. (2015b). Dairy Products and Shifts in Western Models of Food Consumption since 1950: A Spanish Perspective. *Rural History*, 26(2), pp. 249–268.

Collantes, F. (2016). A la mesa con Malassis: modelos de consumo alimentario en la España contemporánea. In: D. Gallego, L. Germán and V. Pinilla, eds. *Estudios sobre el desarrollo económico español*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 281–300.

Collantes, F. (2019). Why did the Industrial Diet triumph? The Massification of Dairy Consumption in Spain, 1965–90. *The Economic History Review*, 72(3), pp. 953–978. <https://doi.org/10.1111/ehr.12702>

Cussó Segura, X. (2005). El estado nutritivo de la población española, 1900-1970: análisis de las necesidades y disponibilidades de nutrientes. *Historia Agraria*, 36, pp. 329–358.

Cussó Segura, X. and Garrabou Segura, R. (2007). La transición nutricional en la España contemporánea: las variaciones en el consumo de pan, patatas y legumbres (1850-2000). *Investigaciones de Historia Económica*, 3(7), pp. 69–100. [https://doi.org/10.1016/s1698-6989\(07\)70184-4](https://doi.org/10.1016/s1698-6989(07)70184-4)

- Del Rey, R. (2011). La distribución del vino en España. *Distribucion y Consumo*, 120, pp. 60- 69.
- Delgado, C. L. (2003). Rising Consumption of Meat and Milk in Developing Countries Has Created a New Food Revolution. *Journal of Nutrition*, supplement, pp.3907–3910.
- Fonte, M. (2002). Food systems, Consumption Models and Risk Perception in Late Modernity. *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, 10(1), pp. 13–21.
- Garrabou Segura, R. and Cussó Segura, X. (2009). Dieta mediterránea y transición nutricional moderna en España. In L. Germán, R. Hernández and J. Moreno, eds. *Economía alimentaria en España durante el siglo XX*. Ministerio de medio ambiente y medio rural y marino, pp.65–99.
- Gazeley, I. and Newell, A. (2015). Urban Working-Class Food Consumption and Nutrition in Britain in 1904. *The Economic History Review*, 68(1), pp.101–122. <https://doi.org/10.1111/ehr.12065>
- Germán, L. (2009). Introduction. De la historia agraria a la historia de la economía alimentaria. In L. Germán, R. Hernández and J. Moreno, eds. *Economía alimentaria en España durante el siglo XX*. Ministerio de medio ambiente y medio rural y marino, pp.7–25.
- Gómez, J. J. and López, T. M. (2017). Transición nutricional, bienestar y salud: el caso de una ciudad industrial, Alcoy (1852-1928). *Dynamis*, 37(2), pp.389–411. <https://doi.org/10.4321/S0211-95362017000200007>
- González de Molina, M., Soto Fernández, D., Guzmán Casado, G., Infante-Amate, J., Aguilera Fernández, E., Vila Traver, J. and García Ruiz, R. (2020). *The Social Metabolism of Spanish Agriculture, 1900–2008. The Mediterranean Way Towards Industrialization*. Ed. Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-030-20900-1_2
- Grigg, D. (1995). The Nutritional Transition in Western Europe. *Journal of Historical Geography*, 21(3), pp.247–261. <https://doi.org/10.1006/jhge.1995.0018>
- Hernández-Adell, I., Muñoz Pradas, F. and Pujol-Andreu, J. (2019). A New Statistical Methodology for Evaluating the Diffusion of Milk in the Spanish Population: Consumer Groups and Milk Consumption, 1865–1981. *Investigaciones de Historia Económica*, 15(1), pp.23–37. <https://doi.org/10.1016/j.ihe.2017.03.008>
- Hernández-Adell, I. and Pujol-Andreu, J. (2016). Economic Growth and Biological Innovation: The Development of the European Dairy Sector, 1865-1940. *Rural History*, 27(2), pp. 187–212. <https://doi.org/10.1017/S0956793316000042>
- Hernández-Adell, I. and Pujol, J. (2017). Cities and Milk Consumption in Europe, 1890-1936: The Emergence of a New Market in Spain. *Historia Agraria*, 73, pp.59–89. <https://doi.org/10.26882/HistAgrar.073E03h>
- Holmes, A. J. and Anderson, K. (2017). Convergence in National Alcohol Consumption Patterns: New Global Indicators. *Journal of Wine Economics*, 12(2), pp.117–148. <https://doi.org/10.1017/JWE.2017.15>

INE (Instituto Nacional de Estadística):

- (1959): Encuesta sobre cuentas familiares, marzo 1958. Madrid.
- (1962): Censo de la población y de las viviendas de España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1960. Madrid.
- (1965-69): Encuesta de presupuestos familiares (marzo 1964-marzo 1965). Madrid
- (1973): Censo de la población de España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1970. Madrid.
- (1983-85): Encuesta de presupuestos familiares 1980-81. Madrid.
- (1985): Censo de población de 1981. Madrid.
- (1992-95): Encuesta de presupuestos familiares 1990-91. Madrid.
- (1994): Censo de población de 1991. Madrid.
- Para censos de población a partir de 2006:
<https://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=2853&L=0>

Kjaernes, J. (1995). Milk: Nutritional Science and Agricultural Development in Norway 1890-1990. In: Adel P. Den Hartog, ed. *Food Technology, Science and Marketing: European Diet in the Twentieth Century*, Tuckwell Press, pp.103-116.

Laajimi, A. and Albisu, L. M. (1997). El consumo de alimentos en España. Cambios y nuevas tendencias. *Agroalimentaria*, 5, pp.47-54.

Langreo, A. (2003). Cambios de fondo en el sistema lácteo español. *Distribución y Consumo*, 13(67), pp.93-104.

Langreo, A. (2008). El sistema de producción de carne en España. *Estudios Sociales*, 16(31), pp. 39-80.

Langreo, A. and Germán, L. (2018). Transformations in the Food System and the Role of Industrial and Food Distribution Changes in the Spanish Diet during the Twentieth Century. *Historia Agraria*, 74, pp.167-200. <https://doi.org/10.26882/histagar.074e06l>

Langthaler, E. (2018). The Soy Paradox: The Western Nutrition Transition Revisited, 1950-2010. *Global Environment*, 11(1), pp.79-104. <https://doi.org/10.3197/ge.2018.110105>

Liesbeth, C. and Swinnen, J. (2012). Beer-Drinking Nations: The Determinants of Global Beer Consumption. In: J. Swinnen, ed. *The Economics of Beer*. Oxford: Oxford University Press, pp. 123-140.

Malassis, L. (1997). *Les trois âges de l'alimentaire: essai sur une histoire sociale de l'alimentation et de l'agriculture*, 2. Cujas: L'âge agro-industriel.

- Marrodan, M. D., Montero, P. and Cherkaoui, M. (2012). Nutritional Transition in Spain during Recent History. *Nutricion Clinica y Dietetica Hospitalaria*, 32(SUPPL.2), pp.55–64.
- Martín Cerdeño, V. (2010). Demanda de vino en España. Perfiles de consumo conforme a las características del consumidor. *Distribución y Consumo*, 41, pp.40–53.
- Martín Cerdeño, V. (2013). Consumo de vino en España. *Distribución y Consumo*, 54(2), pp.54–59.
- Martín Cerdeño, V. (2016). Cincuenta años de alimentación en España. *Distribución y Consumo*, 66(3), pp.66–88.
- Martín Cerdeño, V. (2019a). Análisis del consumo de vino en España: hogares y extradoméstico. *Distribución y Consumo*, 4, pp.54–61.
- Martín Cerdeño, V. (2019b). Balance del mercado alimentario español. *Distribución y Consumo*, 6(5), pp.5–22.
- Martinelli Lasheras, P. (2009). Contribución al estudio de las desigualdades en la España de los '60: ingresos y alimentación. *Scripta Nova. Revista Electronica de Geografia y Ciencias Sociales*, 13, pp.1-52. <https://doi.org/10.1344/sn2009.13.1611>
- Martínez-Carrión, J. M. (2016). Living Standards, Nutrition and Inequality in the Spanish Industrialisation. An Anthropometric View. *Revista de Historia Industrial*, 25(64), pp.11–50.
- Martínez-Carrión, J. M. and Medina-Albaladejo, F. J. (2010). Change and Development in the Spanish Wine Sector, 1950-2009. *Journal of Wine Research*, 21(1), pp.77–95. <https://doi.org/10.1080/09571264.2010.495856>
- Medina-Albaladejo, F. J. and Calatayud, S. (2020). Unequal Access to Food during the Nutritional Transition: Evidence from Mediterranean Spain. *The Economic History Review*, 73(4), pp.1023–1049. <https://doi.org/10.1111/ehr.12993>
- Moreno, L., Sarría, A. and Popkin, B. M. (2002). The nutrition Transition in Spain: A European Mediterranean Country. *European Journal of Clinical Nutrition*, 56(10), pp.992–1003. <https://doi.org/10.1038/sj.ejcn.1601414>
- Nelson, M. (1993). Social-Class Trends in British Diet 1860-1980. In C. Geissler and D. J. Oddy, eds. *Food, Diet and Economic Change Past and Present*. Leicester, New York: Leicester University Press, pp. 101–120
- Nicolau, R. and Pujol-Andreu, J. (2005). El consumo de proteínas animales en Barcelona entre las décadas de 1830 y 1930: evolución y factores condicionantes. *Investigaciones de Historia Económica*, 1(3), pp.101–134. [https://doi.org/10.1016/S1698-6989\(05\)70021-7](https://doi.org/10.1016/S1698-6989(05)70021-7)
- Pinilla, V. and Ayuda, M. I. (2002). The Political Economy of the Wine Trade: Spanish Exports and the International Market, 1890–1935. *European Review of Economic History*, 6(1), pp.51–85. <https://doi.org/10.1017/S1361491602000035>

Poelmans, E. and Swinnen, J. (2012). A Brief Economic History of Beer. In J. Swinnen, ed. *The Economics of Beer*. Oxford University Press, pp. 3–29. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199693801.003.0001>

Popkin, B. M. (1993). Nutritional Patterns and Transitions. *Population & Development Review*, 19(1), pp.138–157. <https://doi.org/10.2307/2938388>

Popkin, B. M. (2003). The Nutrition Transition in the Developing World. *Development Policy Review*, 21(5–6), pp.581–597. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8659.2003.00225.x>

Pujol-Andreu, J. and Cussó Segura, X. (2014). La transición nutricional en la Europa occidental, 1865-2000: una nueva aproximación. *Historia Social*, 80, pp.133–155.

Ríos-Núñez, S. M. and Coq-Huelva, D. (2015). The Transformation of the Spanish Livestock System in the Second and Third Food Regimes. *Journal of Agrarian Change*, 15(4), pp.519–540. <https://doi.org/10.1111/joac.12088>

Rodríguez Rebollo, M. (1974). Los problemas actuales de los sectores mataderos frigoríficos e industrias cárnicas y chacineras en España. *Avances En Alimentación y Mejora Animal*, 15(1-2), pp.15-22.

Simpson, J. (1995). *Spanish Agriculture: The Long Siesta, 1765—1965*. Cambridge University Press.

Smil, V. (2000). *Feeding the World. A Challenge for the Twenty-First Century*. MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/2977.003.0003>

Stewart, C., Piernas, C., Cook, B. and Jebb, S. (2021). Trends in UK Meat Consumption: Analysis of the National Diet and Nutrition Survey Rolling Programme Years 1-9. *The Lancet Planetary Health*, 5(10), pp.699–708. [https://doi.org/10.1016/S2542-5196\(21\)00228-X](https://doi.org/10.1016/S2542-5196(21)00228-X)

Teuteberg, H. and Flandrin, J. (2004). Transformaciones del Consumo Alimentario. In: J.L. Flandrin and M. Montanari, eds. *Historia de la Alimentación*. Trea, pp.891–214.

Vivanco, F. and Palacios, J. M. (1964). *Alimentación y nutrición*. Ministerio de educación nacional, Dirección general de enseñanza primaria, Servicio escolar de alimentación y nutrición.

¹ La primera encuesta se realizó en 1958. Sin embargo, además de tener una muestra poco representativa, no proporciona datos sobre el consumo en función de la renta y la región.

² Las Islas Canarias quedan excluidas de este trabajo.

³ La crisis de 2008 si parece haber tenido un impacto mayor en el consumo fuera del hogar, ya que, según los datos del panel, tanto en carne como en los lácteos, este tiende a caer a partir de 2008 (Collantes 2015b).